



LA ORACION EN EL HUERTO

un hecho psicológico, moral e interior, un cambio de mentalidad, un cambio de nuestro modo de valorarnos a nosotros mismos, un arrepentimiento, una profesión cordial de humildad, una amargura que llamamos contricción. Es precisamente esta transformación espiritual la que vale más que todo acto exterior de penitencia y que, si faltase, los actos exteriores quedarían privados de sinceridad y de valor. Nos recuerda cuánto nos enseña Jesús a huir de la exterioridad hipócrita de los actos penitenciales, de moda en el ambiente farisáico de su tiempo (Mat. 6, 16-17), y todavía no desaparecida totalmente de la perenne tentación humana de sustituir la realidad de la virtud con sus apariencias. Por otra parte, diciendo penitencia pensamos en el sacramento que lleva su nombre y que nos confiere la gracia propia de la penitencia, la reconciliación con Dios y la comunión vital de su presencia sobrenatural en nuestras almas, mediante la aplicación del ministerio conferido por Cristo a Pedro y a los apóstoles, el famoso poder de las «llaves» (Mat. 16, 19. 18. 18; Jo. 20, 23) es decir, la potestad de perdonar los pecados siempre que la fe y el arrepentimiento hagan posible su eficacia».

(Discurso de Pablo VI, 19 de febrero de 1969).

LA VERDADERA PENITENCIA ES LA CONVERSION INTERIOR

«Cuando hablamos de penitencia el pensamiento se dirige a los actos ascéticos y a las prácticas de mortificación y de caridad que imprimen en el ánimo y expresan en la acción aquel sentimiento de cambio espiritual en el que propiamente consiste la penitencia: pero la Iglesia nos hará repetir en estos días las palabras del profeta Joel: «Convertíos a mí de todo corazón, en el ayuno, en el llanto, en el duelo; y arañad vuestros corazones y no vuestros vestidos, y convertíos al Señor Dios porque El es benigno y misericordioso, paciente y muy compasivo y dispuesto a perdonar el mal» (2, 12-13); y nos recuerda así que la esencia de la penitencia es precisamente